

## **Reflexiones sobre el concepto de contra-productividad.**

### **II. Controversias**

Siendo una crítica radical y una clarificación fundamental de los fundamentos de la economía, las tesis de Illich pasaron demasiado frecuentemente por una búsqueda de alternativas permitiendo seguir haciendo lo mismo de otra manera.

A principio de los años 1970, en una conversación con Roslyn Lindheim en el CIDOC, en Cuernavaca, Illich declaró que en el momento de iniciar su crítica del modo industrial de producción y de su giro hacia la economía de los servicios, dos caminos se habían ofrecido a su mente. El primero, abstracto y extremadamente desencarnado, era el camino real de la formalización de estilo matemático, a la manera de las teorías económicas en boga –uno de los mejores economistas matemáticos de Francia estaba dispuesto a asistirlo. El segundo, para el cual la teoría matemática no tiene palabras y aun menos conceptos, partiría de la experiencia vivida concreta de la gente atrapada en las instituciones mayores de servicios industriales. Ésta segunda vía, más “fenomenológica” que formalmente conceptual – pero apoyada en sólidos conceptos – analizaría sucesivamente lo que ocurre en la

trampa de la escuela obligatoria, en las lentitudes de los transportes rápidos y en las camas y los corredores de hospitales generadores de enfermedades. Optó por la segunda vía, cuyas mojoneras son *La sociedad desescolarizada*, *Energía y equidad* y *Némesis médica*.

A primera vista, a cuarenta años de distancia, esos análisis críticos son más pertinentes que nunca. En casi todo el mundo, la enseñanza es más degradada, los transportes motorizados más compulsivos y cronófagos (chupatiempo) y los hospitales más iatrogénicos que entonces. Si la crítica perdió su eficacia, no es porque hubiera perdido su pertinencia. Es en parte debido a un exceso de coherencia o más bien, parafraseando a Foucault, a un intento de establecer la validez de *las críticas* de los tres principales servicios industriales confiriéndoles, en palabras de Foucault, “la visa de un régimen común”. En 1976, en una de sus conferencias en el *Collège de France*, Foucault había declarado:

... desde diez o quince años, la inmensa y proliferante criticabilidad de las cosas, de las instituciones, de las prácticas, de los discursos, esa especie de friabilidad general de los suelos y quizás, sobre todo, los más familiares, los más sólidos y cercanos a nosotros, a nuestros cuerpos, nuestros gestos de todos los días, es lo que aparece. Pero al mismo tiempo que ésta friabilidad y la sorprendente eficacia de las críticas discontinuas y particulares o locales, al mismo tiempo, o por ello mismo, se descubre en los hechos algo que no se sospechaba al principio: lo que podríamos llamar el efecto inhibitor de las teorías totalitarias, envolventes y globales.

Sin embargo, Foucault corrige inmediatamente su juicio sobre las teorías excesivamente envolventes o totalizadoras. Pueden, dice, recobrar su eficacia, volverse otra vez localmente significativas

... a condición precisamente que la unidad teórica del discurso este como suspendida, en todo caso recortada, acosada a tirones, deshilachada, vuelta boca abajo, desplazada, caricaturada, teatralizada...<sup>1</sup>

Lo que podríamos llamar también esta relocalización o “provincialización” (Raymundo Sánchez) de la crítica se opera necesariamente a través de lo que Foucault llama “retornos de saberes”, saberes que fueron avasallados, colonizados o, simplemente, amenazados de supresión, pero que, relajándose la presión de las fuerzas aniquiladoras, “retornan”, vuelven a ser activos.

Esta teatralización de un pensamiento de tendencias totalizadores y el anuncio de los retornos de saberes que la acompañarán parecen profetizar las grandes líneas de la autocrítica de Ivan Illich a partir de los años 1980 y el viento de liberación que abrirá caminos insospechados en la época de la crítica de las instituciones de servicio. El gran concepto integrador que será suspendido, en todos casos, que dejará de dominar el pensamiento será el de la contra-productividad, mientras antiguos saberes, avasallados y luego negados por la modernidad, efectuarán

---

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Dits et Écrits*, vol. II (1976-1988), Paris : Gallimard, 1994.

un retorno en la obra de Illich: los saberes asociados con el cuerpo y con los sentidos.

Antes de abordar el tema de esos saberes que fueron negados, hay que decir que, en la época en que Illich lanzaba su crítica de las instituciones de servicio, Foucault elaboraba su crítica de la cárcel mientras que ingleses, italianos y franceses tejían una red entre críticos de todo confinamiento por razones siquiátricas llamado, precisamente, *le Réseau*, la Red, promoviendo un discurso desprovisto de sistematización de conjunto, la *anti-siquiatría*. Esto demuestra, si fuera necesario, que Illich no era un pensador aislado, cuyas ideas, tales Athenea de la cabeza de Zeus, hubieran surgido todo armadas. Era más bien una antena, sensible a todas las corrientes, un extraordinario “surfer” de olas intelectuales, capaz, no sólo de cabalgar sobre ellas, sino de hacerlas rebotar en direcciones nuevas. Había afinidades subterráneas poco conocidas entre su crítica de las instituciones de servicio y las de la cárcel, del asilo o de la clínica. Illich leía a Foucault y, en ocasiones, le hablaba. Franco Basaglia, animador de la antipsiquiatría italiana y director contestatario del mayor hospital siquiátrica de Italia, el de Trieste, asistió a seminarios del CIDOC y volvió luego varias veces a México, en compañía de Félix Guattari y de David Cooper, convocados todos por Sylvia Marcos. De

esos encuentros, nació la *Red mexicana de alternativas a la psiquiatría*.

Las sinopsis de la crítica sucesiva de la escuela obligatoria, de los transportes modernos y de los hospitales iatrogénicos que fueron presentadas ayer permiten seguir el surgimiento de un pensamiento envolvente, sistemático y que se volverá problemático por ello, en una línea crítica que, al origen, prometía poder leerse como una serie de testimonios sectoriales sobre tres formas de confinamiento institucional, es decir entre los muros de la escuela obligatoria, en los congestionamientos del tráfico y en las salas de operación y los cuartos de hospitales contra-productivos. La longitud de cada síntesis no pretendía reflejar la importancia relativa de la obra comentada, sino su grado de sometimiento a una idea totalizadora, en este caso el concepto de contra-productividad. Si este grado de involucramiento debía ser señalado, era para permitir al pensamiento recobrar una eficacia liberándose de él.